

Conocimientos y trayectorias socio-profesionales de las agricultoras*

Martine Berlan**

Résumé / Abstract / Resumen / Resum

Les profils professionnels des agricultrices sont déterminés par la formation qu'elles ont acquise et par la place que la division sexuelle du travail leur a assignée dans le processus de production. Celle-ci s'accompagne d'une division sexuelle des apprentissages et des connaissances. Pour les agricultrices d'origine agricole, le lieu d'apprentissage n'est pas l'exploitation, comme pour les hommes, mais la sphère domestique où elles sont destinées à exercer principalement leur activité. Les connaissances qu'elles ont acquises dans la sphère domestique sont ensuite transférées à la sphère professionnelle. Dans ce fait réside une des principales raisons pour lesquelles les compétences des agricultrices ne sont pas socialement reconnues. Les femmes ne bénéficient qu'exceptionnellement des connaissances techniques nécessaires à l'exercice du métier d'agriculteur, celles-ci s'héritent de père en fils. C'est l'homme que l'on forme à diriger l'exploitation et qui de fait l'hérite.

Les groupements de femmes dans le milieu agricole, ne se sont pas non plus souciés de professionnaliser le métier d'agricultrice, ceux-ci ont davantage orienté leurs efforts à professionnaliser le métier de mère et d'épouse.

La formation professionnelle n'a pas, par ailleurs, comblé ce vide. Les jeunes filles ne s'orientent pas vers les sections techniques de l'enseignement agricole et préfèrent se diriger vers d'autres métiers.

La faible formation technique de la majorité des agricultrices porte

* Traducido por M.ª Agustina Blanco.

** C.E.R.S. Faculté des Sciences Économiques, Université d'Aix-Marseille II. Château La Farge, 13290 Les Milles.

une part de responsabilité dans la fragilité de la situation des agricultrices dans l'exploitation. Rares sont les femmes qui accèdent au statut de chef d'exploitation, c'est celui d'aide familiale que la grande majorité occupe. Néanmoins, cette dernière catégorie de femmes regroupe des profils très divers qui sont liés à différentes attitudes des femmes face au travail et face à la vie de famille.

* * *

The professional qualifications of women farmers are determined by the education acquired and by the place assigned to them in the sexual division of labour in the production process, which in turn, implies a division, by sex, of education and knowledge.

For women farmers with a rural background, instruction is provided not on the farmland (as in the case of the men folk) but rather in a domestic atmosphere which is the centre of their activity. The know-how acquired in the domestic sphere is later transferred to the professional sphere, which partly accounts for the fact that the contribution of women farmers is not recognized by society. Women cannot acquire, with rare exceptions, the technical knowledge necessary in farming, which is passed from father to son. It is the men who are educated to run the property, and it is they who, in fact, inherit it.

Nor have Women's organization in rural communities helped to professionalize women farmers, but rather have directed their efforts towards perfecting their mission as mothers and wives. Moreover, formal education has not filled this gap. Girls do not study technical subjects in agricultura colleges, preferring other specialities.

In fact, the deficient technical knowledge of the majority of women farmers is partly to blame for their precarious position in farm employment structure. Very few women become farm managers; the vast majority are simply family helpers. Nevertheless, in this latter category, a certain diversity of professional qualifications of women exists, and these can be paralleled to their different attitudes towards work and family life.

* * *

Los perfiles profesionales de las agricultoras están determinados por la formación que han adquirido y por el lugar que les ha asignado la división sexual de trabajo en el proceso de producción. Ésta va acompañada por una división sexual de los aprendizajes y de los conocimientos.

Para las agricultoras de origen agrícola, el aprendizaje no se hace en la explotación, como para los hombres, sino en la esfera doméstica donde están destinadas a ejercer principalmente su actividad. Los conocimientos que han adquirido en la esfera doméstica son luego transferidos a la esfera profesional y ésta es una de las principales razones por las cuales las competencias de las agricultoras no están socialmente reconocidas. Las mujeres no se benefician, salvo en casos excepcionales, de los conocimientos técnicos necesarios para la práctica del oficio de agricultor, éstos se heredan de padre a hijo. Es al

hombre a quien se forma para dirigir la explotación y es él quien la hereda en la práctica.

Las agrupaciones de mujeres en el medio agrícola tampoco se han preocupado en profesionalizar el oficio de agricultora, éstas han dedicado más sus esfuerzos a profesionalizar el oficio de madre y esposa.

Por otra parte, la formación profesional no ha colmado este vacío. Las chicas no cursan las secciones técnicas de la enseñanza agrícola y prefieren dirigirse hacia otros oficios.

La escasa formación técnica de la mayoría de las agricultoras es en parte responsable de la fragilidad de su situación en la explotación. Muy pocas son las mujeres que acceden al estatus de jefe de explotación, la gran mayoría de ellas ocupa el de ayuda familiar. No obstante, en esta última categoría se desprenden diversos perfiles profesionales que corresponden a diversas actitudes de las mujeres frente al trabajo y a la vida de familia.

* * *

Els perfils professionals de les agricultores estan determinats per la formació que han rebut i pel lloc que els ha estat assignat per la divisió sexual del treball en el procés de producció, que va, al seu torn, acompanyada d'una divisió sexual dels aprenentatges i dels coneixements. Per a les agricultores d'origen agrícola, l'aprenentatge no es fa a l'explotació, com en el cas dels homes, sinó dins de l'esfera domèstica, on estan destinades a exercir principalment la seva activitat. Els coneixements que han adquirit en l'esfera domèstica són transferits, més tard, a l'esfera professional i aquesta és una de les raons principals per les quals les competències de les agricultores no estan socialment reconegudes. Les dones no es beneficien, llevat de casos excepcionals, dels coneixements tècnics necessaris per a l'exercici de l'ofici de pagès, que s'hereten de pare a fill. És l'home a qui es forma per tal de dirigir l'explotació i és ell el qui l'hereta en la pràctica.

Les agrupacions de dones al medi agrícola tampoc s'han preocupat de professionalitzar l'ofici d'agricultora i han dedicat més esforços a professionalitzar l'ofici de mare i d'esposa. D'altra banda, la formació professional no ha omplert tampoc aquest buit. Les noies no escullen les seccions tècniques de l'ensenyament agrícola i prefereixen orientar-se vers altres oficis. L'escassa formació tècnica de la majoria de les agricultores és, en part, responsable de la fragilitat de la seva situació en l'explotació. Són molt poques dones les que accedeixen al nivell de cap d'explotació, i la gran majoria ocupa la categoria d'ajuda familiar. Malgrat això, en aquesta darrera categoria, s'hi distingeixen diversos perfils professionals que corresponen a diverses actituds de les dones davant del treball i de la vida de família.

El esquema clásico de la trayectoria socio-profesional que, desde la familia pasa por la educación primaria, por la formación general, luego por la formación profesional y que desemboca en el empleo padece una doble interferen-

cia en lo que a las agriculturas se refiere. Tal interferencia se debe a las características de su formación; algunas tienen rasgos comunes con la de los agricultores, pero las principales se derivan del sexo a que pertenecen. Efectivamente, el origen agrícola de la mayoría de ellas les confiere un conocimiento previo de este mundo profesional, como en el caso de los agricultores. Así como en otros sectores profesionales el hecho de ser hombre o mujer no incide en las tareas profesionales, en la agricultura sí que conduce a posiciones distintas en el proceso de producción y esto induce a aprendizajes diferenciados. Al igual que se puede observar en otras categorías de trabajadoras, la cualificación profesional de las agriculturas debe su falta de reconocimiento social al hecho de que se trata de competencias transferidas de la esfera doméstica al mundo profesional. Esta posición profesional poco sólida que el aprendizaje familiar ha contribuido a reproducir y que las dificultades de acceso de las chicas a las secciones técnicas de la enseñanza agrícola ha reforzado, cada vez la denuncian más agriculturas que entran en la formación permanente para crearse una plaza autónoma en la explotación. Esta forma de actuar invierte la perspectiva clásica de la relación entre formación y empleo. Mientras que para los agricultores —y también para los asalariados en general— el puesto de trabajo existe ya antes de adquirir una formación y ésta permite ejercer como profesional o acceder al puesto, en este caso la formación técnica inventa el «oficio de agricultora» frente a la carencia de identidad profesional de «trabajo de esposa». Así, los rasgos específicos de las relaciones entre los conocimientos y los perfiles profesionales de las agriculturas, ya se trate de la importancia de la transmisión familiar, ya de las cualificaciones profesionales o de las competencias adquiridas en la esfera doméstica y del papel desempeñado por la formación en la construcción de su identidad profesional, suponen un nuevo enfoque de las relaciones entre formación y empleo.

Entre todas las categorías socio-profesionales, la categoría de agricultor explorador es la que mayor «heredabilidad» profesional tiene: la transmisión hereditaria del patrimonio familiar se acompaña de una transmisión «familiar» de la cualificación profesional. El estudio de los modos de adquisición de los conocimientos profesionales agrícolas revela la importancia de los conocimientos sociales movilizados en los actos profesionales, que no deben nada a la institución escolar, y ello aunque ésta tienda en la agricultura modernizada sí no a sustituir, sí a acumularse (bajo la presión del Estado y de las organizaciones profesionales) a esta transmisión, que podemos calificar de «familiar», de los conocimientos intelectuales y prácticos del padre pero también de otros trabajadores familiares, asalariados y del grupo local de agricultores.

Pero la transmisión familiar del conocimiento profesional y el grado de dedicación personal en el aprendizaje son inseparables de las oportunidades objetivas de ponerlo en práctica. Este aprendizaje forma parte del proceso de

reproducción del campesinado. El jefe de la explotación confía en el porvenir del futuro heredero, por ello pone a su disposición el modo de empleo de la explotación que será transmitida, y la ayuda familiar destaca una inclinación por este oficio y la intención de hacerlo suyo. La posición de los chicos y la de las chicas frente a esta transmisión hereditaria de las explotaciones es diferente. Las chicas desheredadas de hecho por las prácticas sucesorias no se benefician en general de un aprendizaje similar al de los chicos y se dedican menos al aprendizaje agrícola familiar, ya que no confiere un estatus profesional gratificante. El desposeimiento de los medios de producción y la desigualdad de acceso a la cultura técnica son procesos fundamentales que prohíben a las mujeres el acceso al oficio de agricultor. Ser agricultor o ser agricultora comporta situaciones concretas de trabajo y de vida fuera del trabajo distintas, y perfiles de aprendizaje y de profesionalización diferenciados.

La hipótesis central de este trabajo es que la «heredabilidad» profesional tan importante en los oficios de la agricultura otorga un rol decisivo a la familia, no únicamente por lo que se refiere a la reproducción social del campesinado, sino también por lo que se refiere a la reproducción de la división de género en la agricultura. El aprendizaje «familiar» transmite no sólo las habilidades técnicas necesarias a la posición que ocupa cada uno en el proceso de producción, sino también las representaciones de estos lugares y las disposiciones que conllevan. A la división sexual del trabajo en la agricultura corresponde una división sexual de los conocimientos profesionales que limita la adquisición de éstos a los que ya se practican. La formación profesional establecida se adapta a este dispositivo para reforzar los roles sociales de género inculcados desde la infancia. La reproducción de las relaciones sociales de género no se hace de forma idéntica, configuraciones familiares singulares hacen que la transmisión de la cultura técnica del padre, generalmente reservada a los chicos, beneficie algunas veces a las chicas. Cada vez más esposas de agricultores elaboran nuevas relaciones con el trabajo profesional, en las que la formación técnica es un problema. Además, la disminución de la endogamia campesina diversifica los caminos sociales que conducen a las mujeres a los oficios de la agricultura, lo que da lugar a un planteamiento distinto de este universo profesional nuevo y una demanda de formación profesional.

LAS TRAYECTORIAS SOCIALES DE LAS AGRICULTORAS

Esta primera parte de la comunicación se propone restituir los diversos itinerarios socio-profesionales que siguen las agricultoras hasta ocupar sus puestos de trabajo. Este estudio constituye la primera parte de la revisión de las relaciones formación-empleo que han planteado las agricultoras. Subraya la importancia de los conocimientos sociales inculcados por la familia, incluidos

los conocimientos domésticos cuya transferencia al universo profesional constituye la base de la cualificación social de las mujeres.

Los agricultores son mayoritariamente hijos de agricultores¹, y si bien la gran mayoría de las agricultoras son hijas de agricultores sería abusivo concluir sobre una «heredabilidad» profesional del oficio ejercitado por las agricultoras. Efectivamente, si el refrán de «tal padre, tal hijo» traduce perfectamente la «heredabilidad» profesional en la agricultura de padre a hijo, tanto en lo que se refiere al oficio practicado como al lugar donde se ejerce², la frase de «tal padre, tal hija», sugerida por las regularidades estadísticas del medio agrícola, traduce más bien la importante homogamia profesional que la transmisión de una práctica profesional. Las relaciones entre los sexos en agricultura se manifiestan por una división sexual del trabajo que reserva a los hombres el acceso al estatus de jefe de explotación³ y sitúa a las mujeres en posición de ayuda familiar, desembocando así en posiciones diferenciadas en el proceso de trabajo. La exclusión de las chicas de la transmisión del patrimonio en beneficio de los chicos⁴, las excluye de la transmisión «familiar» de la cultura técnica del padre, que de hecho participa en el mismo proyecto. El aprendizaje familiar se hace por y para la práctica, se aprende haciendo y se aprende lo que uno está destinado a hacer. El hijo de agricultor no aprende por el gusto de aprender, aprende lo que tendrá que hacer y su aprendizaje se limita a las tareas de su categoría de género definidas por la configuración local de la división sexual del trabajo.

Los escasos estudios dedicados al aprendizaje «familiar» de los oficios en la agricultura⁵ demuestran que cuando los chicos y las chicas se inician desde una edad muy temprana en un proceso de aprendizaje, para los chicos éste se hace

¹ Según la encuesta nacional «Formación y cualificación profesional» (INSEE, 1977), el 82% de los agricultores tienen un padre agricultor y el 89,6% de los agricultores de 40-59 años son hijos de agricultor.

² En la transmisión por herencia de las explotaciones se pone a disposición del heredero los medios de producción (tierra y medios de trabajo), pero también su modo de uso. El hijo hereda los conocimientos profesionales de su padre, en una proporción que varía según las situaciones familiares (REBOUL, 1981, p. 115).

³ «En 1983, 124.000 explotaciones —un 11% del total— están dirigidas por mujeres...» RATTIN, S., «Vers une féminisation de la fonction de chef d'exploitation», *Cahiers de Statistique Agricole* 5/6, sept.-oct. 1985, pp. 33-45.

⁴ La transmisión del patrimonio por línea masculina produce en la relación de producción entre esposos coexplotadores una desigualdad estructural: «El estudio hecho sobre la propiedad de las tierras agrícolas según el sexo, revela de forma entrañable una profunda desigualdad entre los esposos. De los 7,6 millones de hectáreas de propiedad individual de los esposos coexplotadores, los hombres poseen un 80% y las mujeres un 20%. En efectivos, cuando 600.000 hombres son propietarios de tierras agrícolas, sólo 200.000 mujeres lo son, es decir, tres veces menos (...).

en un lugar social único, la explotación, mientras que para las chicas primero se hace en la esfera doméstica y luego en la esfera productiva, donde las primeras tareas que se les confía movilizan conocimientos adquiridos en la esfera doméstica, mostrando así que su aprendizaje doméstico se hace a partir de dos lugares sociales.

Esta fijación de las relaciones sociales de género supone no sólo la asignación de tareas diferenciadas, sino también la transmisión del sistema de representaciones que es el fundamento de la división jerarquizada del trabajo dentro de la explotación. La responsabilidad precoz de los chicos en tareas profesionales corresponde, por cierto, a la necesidad técnica de un aprendizaje largo destinado a facilitar una adaptación a la diversidad de las situaciones agronómicas y constituye, de hecho, una preparación para el papel de jefe de explotación. Igualmente, el hecho de que al niño pequeño se le confíen tareas reservadas a las mujeres—pero para las cuales la ayuda de los hombres no está excluida y que, en general, no se confía nunca a los muy pequeños— ilustra la fijación precoz de la división sexual del trabajo y confirma la infantilización de las niñas en la práctica de las tareas profesionales. Además, el hecho de considerar que los niños de siete u ocho años están capacitados para participar en las tareas femeninas que comparten sus padres, revela la desvalorización de estas tareas y, de forma general, el riesgo de reconsideración que corren los hombres cuando se aventuran en el terreno de las mujeres. Y, finalmente, la desvalorización de las tareas domésticas—consideradas menos importantes que las tareas productivas— imprime al aprendizaje de la niña un sello de desconsideración social, ya que rechaza el reconocimiento de la cualificación social y profesional transmitida por el aprendizaje doméstico, y que, transferida al universo profesional, constituye una precualificación para las tareas femeninas de la producción. Esta falta de reconocimiento social de los conocimientos técnicos (destreza, minuciosidad, paciencia, rapidez) desarrollados por el trabajo doméstico no es ajena a la falta de conocimientos culturales por parte de las mujeres (confianza en sí misma, autoestima, iniciativa). La reproduc-

Por fin las mujeres propietarias representan 1/5 del total de mujeres y poseen 1/5 del total de tierras. Por lo tanto, cuando una mujer se casa con un agricultor, de cada cinco casos, sólo en uno aporta tierras agrícolas para formar la empresa; en cambio, para el marido la proporción es de un caso sobre dos» (BARTHEZ, 1984, p. 262).

⁵ Estos estudios figuran en la comunicación presentada en el coloquio *Enseignements agricoles et formation des ruraux*, (Berlan, Caniou 1985). Parte de esta comunicación y del análisis que presentamos aquí se refiere al estudio *Hasard et nécessité: le travail des femmes dans les exploitations agricoles familiales*, presentado y coordinado por BERLAN, M., Aix-en-Provence, C.E.R.S., abril 1985, 205 pp. (Este estudio se basa en cincuenta entrevistas de agricultoras y diez de agentes de desarrollo, efectuadas en 1983-1984 en tres áreas de Provenza: Comtat, Haut Pays Grassois y Ubaye) y a otros estudios hechos en la Drôme (1976), la Brie Occidentale (1978) y la Bretagne (1985).

ción de esta transmisión familiar de la cualificación profesional se ve amenazada no sólo por la preponderancia que la profesión concede a la cultura sabia difundida por la escuela, sino, sobre todo, por la desvalorización social de los quehaceres de la agricultura por parte de un sector del campesinado. Si la incertidumbre de numerosos agricultores en cuanto al porvenir de sus explotaciones perturba las condiciones de la transmisión «familiar» del conocimiento profesional, la reproducción del aprendizaje familiar está puesta en cuestión por lo que se refiere a las chicas. La ausencia de conexión entre este aprendizaje y un estatus profesional gratificante hace desviar a las chicas de una dedicación importante a la formación agrícola, puesto que la identificación, catalizadora de aprendizaje es más aleatoria para ellas, al menos en lo que concierne a sus madres. Por otra parte, un número importante de madres se opone a la reproducción de las relaciones sociales de género en la agricultura, apartando a sus hijas del trabajo agrícola para prepararlas para un porvenir no agrícola, que es el que les espera la mayor parte de las veces⁶. Estas actitudes maternas, responsables del importante éxodo femenino⁷ desde los años cincuenta, se pueden explicar a veces por una oposición total a la condición de agricultora para sus hijas, pero en general se trata de la adopción de prácticas educativas de las clases medias urbanas que rompen con la tradición patriarcal y en las que el trabajo exigido a los pequeños —y sobre todo a las niñas— es un trabajo escolar y que respeta los gustos de los pequeños.

A pesar de las consecuencias sociales que puede tener el rechazo de las mujeres a participar en la reproducción de las divisiones de género en la agricultura, ésta no se ha modificado profundamente. La clave del dispositivo no cambia pero las excepciones a las reglas de transmisión «familiar» de la profesión de agricultor dejan entrever a la vez trabas y posibilidades de actuación. Si la transmisión del patrimonio a las chicas no supone automáticamente el acceso a un estatus de jefe de explotación, que se transmite entonces de padre a yerno⁸, la transmisión de padre a hija de la cultura del oficio tiene consecuencias sobre su aspiración a un estatus de trabajador pleno. Las hijas primogéni-

⁶ «Al principio de los años cincuenta, el matrimonio con un campesino era frecuente. Un 11% de las mujeres que se casaron entre 1952 y 1954 lo hicieron con un hombre que hoy en día es o ha sido agricultor. Desde 1970, son menos de un 4% (...). En los años cincuenta, de cada tres hijas de agricultor, una permanecía en el medio campesino. Veinte años más tarde, sólo es el caso para una sobre siete...» (DESPLANQUES, G., «Calendrier des familles», *Données Sociales*, 1987, pp. 477-495.)

⁷ JEGOUZO, G., «Le célibat paysan en 1975», *Population* 1975, pp. 27-41.

⁸ Durante el período 1955-1969, para un 15% de las parcelas de explotadores que se instalaron (en el 14% de la superficie agrícola), la instalación se hizo en la explotación que pertenecía a la familia de la esposa. (BARTHELEMY, BARTHEZ & LABAT, 1984, pp. 46-7).

tas que el padre ha considerado como hijos, o las hijas únicas⁹ han compartido desde muy jóvenes las tareas del padre, de quien han aprendido todas las facetas de la profesión, rompiendo así con las costumbres de transmisión del conocimiento sesgadas por el sexo. Esto les permite eludir los roles técnicos femeninos tradicionales y construir una relación con el trabajo profesional y con el trabajo doméstico que rompe con la que se inculca a través de la socialización corriente de las chicas. Así, sólo en casos excepcionales las hijas de agricultores reciben la cultura de oficio de su padre. Por regla general, las competencias que ellas han adquirido y las que requieren los roles técnicos femeninos de la agricultura están en relación con las habilidades y los comportamientos adquiridos en el trabajo doméstico. Estas características de la cualificación de las agricultoras están relacionadas con observaciones análogas que se han hecho sobre otras categorías de trabajadoras¹⁰ porque se trata de un rasgo fundamental de las relaciones de género. De hecho, una de las razones de la descalificación de los puestos de trabajo ocupados por las mujeres se debe a la falta de reconocimiento social de las cualificaciones adquiridas en un marco que no es profesional; la otra es que reciben con menor frecuencia que los hombres una formación profesional—aunque las chicas se benefician con más frecuencia y a un nivel más elevado de una formación general—. Esta formación profesional ha sido adquirida en campos específicos (secretariado, administración, carreras médico-sociales, empleos en colectividades y en la restauración), mientras que los chicos han cursado estudios sobre todo en secciones técnicas (mecánica general, electrónica, forja-caldera). Si las jóvenes agricultoras se caracterizan por una tasa muy alta de «no formación» en comparación con la media de las mujeres—tasa que es también más alta que la de los jóvenes agricultores— los otros rasgos de su formación, en cambio, corroboran lo que ha sido observado para las mujeres activas¹¹. Así, incluso entre las más jóvenes es frecuente que tengan menor formación profesional inicial que los agricultores. Las agricultoras tienen menos títulos «agrícolas» que los agricultores y un

⁹ Los estudios que se han hecho sobre la orientación de las chicas hacia secciones casi exclusivamente masculinas (peritajes en mecanismos, automatismos, electrónica, informática industrial, diplomas de técnico en ingeniería eléctrica, informática industrial, mecánica y producción) o sobre mujeres ejerciendo oficios muy poco feminizados (carpintería, etc.) han señalado las particularidades que tiene la composición de la familia de las chicas o de las mujeres entrevistadas: familias con una proporción mayoritaria de mujeres. Además, el lugar que ocupa la entrevistada en la familia es el de hija única, de hija última o de primogénita. (DAUNE-RICHARD, A.M., 1987; FLAMENT, C., *Femmes et techniques, de la représentation sociale des sexes*, Rapport pour le C.N.R.S., ATP Recherches féministes et recherches sur les femmes, 1986, 181 pp.).

¹⁰ Ver KERGOAT, D., 1982; *Le sexe du travail. Structures familiales et système productif*, Obra colectiva, 1984, Grenoble, PUG 1984, 320 pp.; LORTHOIS, J. & RERAT, F., 1986, p. 82, «Métiers de femmes», *Le Mouvement social*, jul.-sept.

nivel de formación más bajo. Además, la dicotomía sexual existente en las ramas de formación de la enseñanza agrícola –así como ocurre en otros tipos de enseñanza– nos permite afirmar que el calificar de agrícola cualquier tipo de formación ofrecida por la enseñanza agrícola oculta el contenido de lo que se adquiere. Mientras los chicos se forman en secciones técnicas que preparan para la agricultura, la horticultura –excepto la producción de flores–, la mecánica agrícola, la viticultura, la gestión del bosque, las chicas cursan masivamente secciones no agrícolas: secretariado, administración, carreras médico-sociales, cuestiones relacionadas con la venta y laboratorios¹².

Si bien la enseñanza agrícola no constituye todavía para las agricultoras un camino privilegiado para acceder a sus empleos, y si bien la mayoría de ellas –exceptuando las más jóvenes– han sido ayudadas familiares, los itinerarios socio-profesionales de esta categoría de trabajadoras se empiezan a diversificar. Efectivamente, son numerosas las jóvenes agricultoras de origen agrícola que han ejercitado profesiones no agrícolas antes de casarse, y a veces incluso después¹³, y es cada vez más frecuente que las esposas de los agricultores recién instalados sean de origen no agrícola¹⁴ y que hayan estado activas en otros sectores. Estos diversos itinerarios sociales que configuran los puestos de trabajo de las mujeres pasan, en la mayoría de los casos, por el matrimonio con un agricultor: es esto lo que condiciona –como en otras profesiones autóno-

¹¹ Según la encuesta de 1983 sobre el Empleo, realizada por el Instituto Nacional de Estadística y de Estudios Económicos (INSEE), las jóvenes agricultoras (de 15 a 34 años) tienen menos diplomas que los jóvenes agricultores: un 45% de ellas no tiene diploma o sólo tiene el Certificado de Estudios Primarios, mientras que sólo un 30% de los agricultores se encuentra en esa situación. No obstante las agricultoras con un bachiller elemental son más numerosas que los agricultores, y las que tienen un diploma equivalente a COU, Selectividad o de nivel superior, lo tienen con la misma frecuencia que ellos; en cambio, las chicas poseen menos a menudo un diploma de formación profesional. Al parecer, los agricultores cursan, sobre todo, estudios profesionales y las agricultoras estudios generales. La encuesta de 1977 sobre la formación y la calificación profesional (realizada por el INSEE) confirma que las agricultoras tienen menos diplomas agrícolas que los agricultores (un 30,3% contra un 39,6%) y en el campo «agrícola», un nivel de formación más bajo. Señalemos, no obstante, que las mujeres consiguen el BEPA más a menudo que los hombres (BERLAN, M. & CANIOU, J., 1985, pp. 4-8).

¹² Las clases de fin de estudios de las secciones técnicas que preparan a la agricultura, a la horticultura (salvo a la producción de flores), a la mecánica agrícola, a la viticultura y a los oficios del bosque contienen un 16% de chicas en CAPA, un 13% en BEPA y un 17% en BTAO (Anuario de la DGER, Ministerio de Agricultura, 1982-1983. Según esta misma fuente, las clases de fin de estudios de las ramas de secretariado, de administrativo del sector paramédico y social y de los oficios relacionados con la venta y con laboratorios se componen de 0,6% de chicos que preparan el CAPA, un 4,8% que prepara el BEPA y un 16,4% el BTAO. Subrayemos que en la enseñanza profesional, así como en la enseñanza general, el aumento de los efectivos femeninos en las secciones «masculinas» es mínimo y no modifica la relación de los sexos en las diversas formaciones (BERLAN, M. & CANIOU, J., 1985, p. 9).

mas— el acceso a esta actividad. Son muy pocas las mujeres que pueden declararse agricultoras sin hacer referencia a un lazo matrimonial, incluso entre las escasas jefas de explotación que deben su estatus al fallecimiento del cónyuge¹⁵.

LOS DIVERSOS TIPOS DE RELACIONES DE LAS AGRICULTORAS CON EL TRABAJO Y CON LA FORMACIÓN

La segunda parte de esta comunicación se propone estudiar la relación con la formación como reveladora de la relación con el trabajo profesional de las mujeres agricultoras¹⁶. Si bien las observaciones en las que se basa este análisis permiten determinar la posición que ocupa la formación continua en los diversos perfiles profesionales de las agricultoras, en cambio no ofrecen más que elementos de una hipótesis sobre las particularidades sociales de las agriculturas profesionalizadas y, particularmente, sobre el papel que desempeñan los aprendizajes precoces en la construcción de una relación con el trabajo profesional que rompe con el tradicional trabajo de esposa de agricultor. A pesar de estos límites, la segunda parte de este análisis de las relaciones formación-empleo de las agricultoras nos revela la importancia que tienen la adquisición y la producción de los conocimientos profesionales en la invención del «oficio de agricultora», invirtiendo así, pues, la perspectiva de análisis de las relaciones formación-empleo.

El matrimonio, que a menudo coincide con la instalación en la explotación, constituye un período clave en la génesis de los conocimientos, ya que es cuando se define la posición profesional que ocupará la mujer. Si bien en la mayoría de los casos la mujer —cualquiera que sea su origen— se instala en una explotación que le resulta ajena, cuyo funcionamiento ya existía y en el que tendrá que hacerse su sitio, en cambio, a veces la instalación va acompañada

¹³ «...actualmente más de la mitad (58% en 1975) de las esposas ejercen un oficio no agrícola cuando se casan. Al parecer, muchas de ellas son originarias del medio agrícola. Durante un tiempo se alejan de éste, y vuelven a él cuando se casan con un agricultor. Con frecuencia las esposas conservan su oficio...». (JEGOUZO, *Le célibat paysan en 1975*).

¹⁴ «(...) Durante el período 1955-1959, sólo el 27% de las esposas no son de origen agrícola; esta proporción alcanza el 41% durante el período 1970-1980» (BARTHELEMY, D., BARTHEZ, A. & LABAT, P., 1984, p. 44).

¹⁵ En 1985, el 75% de los recientes jefes de explotación femeninos son cónyuges del que era jefe en 1983 (un 30% son sus viudas). Fuente: Encuesta Estructura 1985.

¹⁶ DELPHY, C., «Travail menager ou travail domestique?», MICHEL, A. (dir.) (1978); *Les femmes dans la société marchande*, pp. 39-54.

de una remodelación del sistema de producción que puede compartirse; al menos el agricultor no puede dejar de tener en cuenta —aunque en grado diverso— la voluntad que manifiesta su esposa de tomar parte en los trabajos agrícolas.

Esta etapa está marcada por un reajuste de los conocimientos profesionales de las esposas de origen agrícola o por el inicio del trabajo de las demás. A pesar de la diversidad de las configuraciones locales de la división sexual de las tareas, las agricultoras de origen agrícola insisten en la facilidad de aprendizaje de las nuevas tareas que les confían. Igualmente, las agricultoras de origen no agrícola no parecen encontrar dificultades en esta nueva práctica profesional, al menos en las tareas que se les pide y para las cuales están formadas.

Esta facilidad que tienen las mujeres —de cualquier origen y formación— para comenzar las tareas que les asigna la división sexual del trabajo proviene del hecho de que ya están cualificadas previamente por un largo aprendizaje en la esfera doméstica desde la más tierna infancia.

En la producción agrícola, así como en el sector industrial, los puestos reservados a las mujeres requieren competencias tales como agilidad, destreza, meticulosidad, rapidez... así como saber ser paciente, vigilante... Estas cualidades han sido socialmente adquiridas mediante la socialización y la actividad de ama de casa y madre, aunque parezcan ser «innatas» y supuestamente tener un fundamento fisiológico o ser propias del «carácter». Estos «hábitos y aptitudes», pacientemente desarrollados desde la infancia, se han adquirido de tal forma que se convierten en una segunda naturaleza y que, de culturales, llegan a ser considerados como naturales. Estos conocimientos incorporados por la niña, cualquiera que sea su origen, están en la base de las «inclinaciones» o de los «gustos» de las agricultoras por un cierto número de actividades que ellas creen haber elegido individualmente, y estas «aptitudes» se encuentran por todas partes para los mismos tipos de puestos de trabajo, cualquiera que sea la trayectoria social que les ha llevado a la agricultura y cualesquiera que sean las configuraciones locales de la división sexual del trabajo.

Estas cualificaciones reales disfrazadas de cualidades naturales —porque han sido adquiridas en la esfera doméstica y no en la profesional— constituyen los componentes básicos del trabajo de esposa de agricultor, así como ha sido modelado por las relaciones de género en el medio agrícola. Este trabajo aparece como una prolongación de las funciones de madre y ama de casa, y está considerado como una «ayuda» al marido que corresponde a «trabajo de esposa». En este modelo, aunque la dedicación prioritaria sea la familia, se exige de la mujer una disponibilidad permanente para la explotación al igual que la que tiene en la esfera familiar. Esta disponibilidad la convierte en una reserva de mano de obra permanente para las tareas que necesitan la cooperación de varios trabajadores o para gestionar los imprevistos de la producción agrícola y suprimir las puntas de trabajo estacional.

Este tipo de relación con el trabajo es seguramente el más difundido entre las agricultoras: implica la aceptación de la jerarquía de los roles en el seno de la pareja y la división sexual del trabajo que consideran como «natural». Este discurso sobre la «naturalidad» de la división social del trabajo, que reproducen las agricultoras al invocar el pretendido papel de la fuerza física en el reparto de las tareas y al considerar como «natural» su cualificación social y profesional confiere un carácter inmutable a la división sexual del trabajo y les evita reconocer la violencia a la que están sometidas. Son escasas las agricultoras que declaran que las tareas asignadas a las mujeres son las que los hombres no quieren hacer. Al contrario, algunas consideran que las competencias técnicas de sus maridos justifican que éstos se reserven ciertas actividades y les dejen las tareas poco cualificadas.

Al ser la dedicación primordial de estas mujeres la doméstica, ésta las lleva a hacer demandas de formación sobre temas relacionados con la esfera doméstica (gestión del espacio doméstico, nutrición, psicología del niño, etc.), temas que han sido tratados continuamente desde hace unos treinta años por grupos femeninos de divulgación doméstica en el mundo agrícola. En cambio, su menor dedicación profesional hace que, con mucho, participen en cursillos que las preparan para el cargo de secretaria-contable, que sus maridos no quieren desempeñar. Efectivamente, son éstas las que con más frecuencia se oponen a adquirir nuevos conocimientos que significarían para ellas nuevas tareas que tendrían consecuencias sobre su estatus profesional.

Este perfil profesional es, por lo general, el de las mujeres originarias del mundo agrícola. Este papel, para el cual han sido preparadas desde la infancia y que han visto desempeñar a sus madres, parece convenir a la mayoría de ellas¹⁷. Esta división sexual del trabajo sólo es aceptable si tiene la contrapartida de una división de poderes en el seno de la pareja. Dejar al marido el dominio exclusivo de la explotación supone para la mujer un poder análogo en la casa y en la familia. Si, por razones diversas, las mujeres no logran encontrar en la dedicación familiar y doméstica mucha gratificación, la división del trabajo se convierte entonces en fuente de reivindicaciones y de conflictos más o menos abiertos. Así, algunas mujeres sienten agudamente la inferioridad de su

¹⁷ Se puede suponer que las chicas que se han casado con un agricultor lo han hecho sabiendo que el matrimonio con un agricultor es de los que más alto coste tienen, es decir, «que no sólo exige de la mujer un trabajo doméstico, sino también la participación al trabajo profesional del hombre» (SINGLY, F. de 1982), «Mariage, dot scolaire et position sociale», *Économie et statistique*, pp. 7-20), ya se sabe el poco atractivo que representa casarse con un agricultor o trabajar en una explotación para las chicas de las clases populares y para las hijas de los agricultores. Esto se traduce en un celibato campesino importante, en un éxodo femenino muy fuerte y en el hecho de que cada vez más las esposas de agricultores trabajen fuera de la explotación. La aparente satisfacción de estas agricultoras puede dejar suponer que la gran mayoría de las que supuestamente no pueden conformarse con el trabajo de esposa se han buscado otra salida.

posición respecto a la de los hombres y denuncian las manifestaciones de poder exorbitante que éste tiene. Esto puede llevarlas a plantearse el abandonar la agricultura y convertirse en activas fuera de la explotación. Otras son menos reivindicativas pero también más rotas interiormente: es el caso de las hijas de agricultores que, decididas a no llevar la vida de sus madres, han sido formadas para el ejercicio de otra profesión que les gusta, pero que el matrimonio con un agricultor ha puesto en cuestión. La construcción de la relación con el trabajo profesional elegido por rechazo del trabajo agrícola se convierte entonces en un obstáculo a la definición de un puesto profesional que no venga impuesto. Estos casos, encontrados en las encuestas, son reveladores de un malestar que siente un número cada vez mayor de mujeres en el medio agrícola.

De hecho, la reproducción del modo de organización del trabajo agrícola que acabamos de describir se ve cada vez más amenazado, en particular por la tendencia que siguen las explotaciones modernizadas de especializarse en un número limitado de producciones, y por la profesionalización del oficio de agricultor. Efectivamente, no se puede considerar la especialización independientemente de la fuerza de trabajo disponible y de la voluntad que manifiesta la esposa de participar. La profesionalización que este proceso requiere no se limita al jefe de explotación. La agricultura modernizada continúa siendo un «oficio de pareja», pero el rol profesional que se espera de la mujer está reactualizado: es más el de una «colaboradora» cualificada o el de una «coexplotadora» que el de una ayuda. Estos perfiles profesionales en ruptura con la carencia de identidad del papel de «servir para lo que haga falta», que las agricultoras de esta fracción del campesinado han denunciado con fuerza, les permiten transformar sus cualidades «naturales» en cualificaciones profesionales. Otras, menos numerosas, emprenden una profesionalización análoga a la de los hombres. Estos diversos perfiles de profesionalización de las mujeres muestran que existen diferencias en las relaciones con el trabajo profesional y

¹⁸ La tasa de participación a la formación continua nos da una indicación sobre la importancia estadística de estos comportamientos. Efectivamente, la multiplicidad y el éxito de los diferentes *stages* de formación continua en agricultura (*stages* de larga duración, *stage* «200 horas», «200 horas femeninas», sesiones FAFEA, acciones de desarrollo) no tienen que hacernos olvidar que la tasa de participación en este tipo de formación permanece baja: la encuesta FOP estima esta tasa, en 1977, en 13,4% para los agricultores y en 9,7% para las agricultoras. Se trata en este caso de estudios post-escolares agrícolas u otros. El estudio más optimista de INPSA, en 1983, estima que el 8% de las mujeres de menos de 44 años participa en las sesiones de formación agrícola; este estudio también demuestra que las mujeres están peor representadas que los hombres (menos de 1/3 del total de los efectivos de la formación continua en 1981). No obstante, las mujeres siguen más a menudo que los hombres *stages* de larga duración (un 23,8% de mujeres y un 17,8% de hombres cursan estudios post-escolares de más de 800 horas, FOP 1977). (BERLAN, M. / CANIOU, J., 1985, pp. 9-10).

doméstico, pero siempre van a la par con una dedicación importante a ciertas prácticas, tales como la participación en grupos de divulgación, cursos técnicos, etc.¹⁸.

La construcción de una identidad profesional no significa necesariamente que exista un proyecto de profesionalización equivalente al de los hombres. Para las agricultoras que podríamos calificar de «colaboradoras» y de «coexplotadoras», la división del trabajo dentro de la pareja se hace según esquemas tradicionales, pero la definición de su trabajo es más precisa y más autónoma. Aunque el rol familiar siga siendo el primordial para las «colaboradoras», su actividad profesional —complemento de la del marido— está bien delimitada y especializada. Aunque el trabajo profesional sigue siendo secundario en comparación con la vocación familiar, éste constituye una fuente de dedicación y de cualificación adquirida a través de la participación en múltiples cursos técnicos de formación continua.

Las «coexplotadoras» son las que han llevado más lejos el proceso de autonomía del trabajo. Éstas conciben la explotación como una serie de espacios de trabajo distintos e independientes, algunos de los cuales están bajo su entera responsabilidad. Esta especialización del trabajo dentro de la pareja no excluye el buen conocimiento de las tareas que pertenecen al cónyuge; las parejas de coexplotadores son con frecuencia parejas de responsables profesionales y deben, por ello, sustituirse con frecuencia. La dedicación profesional prima sobre la dedicación familiar: la relación con el trabajo doméstico es más relajada, y aunque sea de forma excepcional y limitada, algunas de estas agricultoras establecen un esbozo de repartición de las tareas del hogar.

Apasionadas por su oficio, estas agricultoras participan activamente en la transformación de las técnicas y de los sistemas de producción, e incluso a veces imponen a su reticente marido cambios técnicos. Esta profesionalización se ha conseguido a través de un proceso continuo de formación técnica, pero el origen de la dedicación a la profesión hay que buscarla en los aprendizajes precoces. Circunstancias familiares excepcionales (enfermedad de la madre, familia muy numerosa, etc.) a veces han exigido de la niña una participación más intensa en el trabajo agrícola —orientando sus intereses hacia algunas tareas— y han dado impulso a un deseo de aprender que en la edad adulta se traduce en resultados concretos. Esta «excelencia» que une los conocimientos técnicos locales femeninos con la formación culta difundida por las acciones de formación continua, hace que estas agricultoras sean un punto de contacto técnico con las estructuras locales de sociabilidad femenina. Allí, agricultoras de «base» mayoritariamente excluidas de los circuitos de la formación profesional dominados por los hombres (reuniones técnicas, mercados, ferias...) pueden informarse y formarse en nuevas técnicas con el contacto de agricultoras cuyo perfil profesional permite una cierta identificación, lo que cataliza, de hecho, el aprendizaje.

Otros itinerarios sociales conducen de forma privilegiada a estos perfiles de profesionalización. Numerosas agricultoras de origen no agrícola desean montar un espacio de trabajo propio en la explotación (crianza de conejos, aves, curtidos, fabricación de charcutería, de conservas, etc.). Las que son de origen agrícola tienen por lo general características fuera de lo común: un capital cultural importante adquirido no sólo en la escuela, sino también en los movimientos de acción católica, por el ejercicio anterior de una actividad profesional no agrícola, etc.

Esta profesionalización de las mujeres, expresada por su deseo de adquirir directamente y en el exterior conocimientos profesionales, sin la mediación del marido y su relativa autonomía profesional, no afecta las prerrogativas de su marido, aunque mejore su posición en las relaciones de poder dentro de la pareja. En cambio, mujeres que pretenden ser «auténticas agricultoras» ponen todos los medios para conseguir una total autonomía profesional, lo que supone detentar medios de producción. Por esto tienen gran éxito los espacios de trabajo no agrícolas cuando no existe un patrimonio. Este perfil, que corresponde al de jefe de explotación, está generalmente excluido en caso de matrimonio con un agricultor. Esta función la ejercen a veces mujeres casadas con un hombre que no es agricultor y, sobre todo, mujeres solteras o viudas¹⁹. Uno de los elementos motores de estas trayectorias profesionales es el aprendizaje precoz, intenso y que sigue un proceso diferente al que se reserva generalmente a las chicas. La buena relación con el padre, favorecida por una cierta estructura de la familia, permite a ciertas chicas heredar sus conocimientos del oficio y aspirar como él a un estatus de trabajador autónomo. A esta preparación para jefe de explotación se añade a veces, entre las más jóvenes, una formación técnica inicial²⁰, así como cursillos técnicos y económicos dentro de la formación permanente. Calificar este perfil de profesionalización

¹⁹ «La población de jefes de explotación femeninos está caracterizada por una importante proporción de viudas (o divorciadas): el 47% en 1983. Las mujeres casadas representan un 41% de esta población y las solteras un 12%. Para los jefes masculinos estas proporciones alcanzan, en la misma fecha respectivamente, un 3%, un 83% y un 14%. No obstante, desde 1975 bajó mucho la proporción de viudas (65%) y en menor medida la de solteras (16%) (...). En 1979, más de la mitad de los jefes femeninos casados tienen un cónyuge cuya profesión principal no es agrícola, cerca un tercio tienen un cónyuge inactivo». RATTIN, S. (1985), «Vers une féminisation de la fonction de chef d'exploitation», *Cahiers de Statistique Agricole* 5/6, pp. 33-45).

²⁰ Las mujeres jefes de explotación, incluso las más jóvenes, tienen con menos frecuencia una formación inicial que los jefes hombres. Efectivamente, Solange RATTIN, a partir de los datos del Censo Agrícola (RGA) afirma que «los jefes femeninos están con menor frecuencia que los hombres "formados" y esto, a todas las edades (por ejemplo: un 30% de mujeres y un 65% de hombres de menos de 35 años están formados). En cambio, los jefes de explotación femeninos tienen un nivel de formación general ligeramente superior al de los hombres: un 14% han cursado bachiller superior o estudios superiores, frente a un 13% para los hombres». (RATTIN, S. (1983), pp. 25 y 21).

como «masculino» implicaría que una profesionalización igual que la de los hombres podría ser suficiente para abolir las relaciones de género en la agricultura, pero los testimonios de estas mujeres jefes de explotación subrayan sus *handicaps* tanto ante el grupo local de agricultores como ante las instancias de formación institucionalizada para tener acceso a la financiación, a los puestos clave de representación del campesinado e incluso a la formación. De hecho, existe una manera hombre y una manera mujer de ser jefe de explotación. Los *handicaps* sufridos por las mujeres y, sobre todo, por las que no son de origen agrícola, cuando eligen este oficio, explican que tengan que recurrir a «apaños» para resolver sus problemas profesionales. Es así como se elaboran nuevas prácticas, que no deben nada a los conocimientos científicos ni a la cultura técnica local, sino que constituyen verdaderas transferencias del «saber-hacer» del campo doméstico al campo profesional²¹.

* * *

Hemos insistido en esta comunicación en el papel que desempeña la formación en la profesionalización del «oficio de agricultora». Esto no ha de hacernos olvidar que la tasa de participación en la formación permanente es todavía baja, que las mujeres están menos representadas que los hombres y que reciben una formación diferente: más de tipo general, o bien en el sector terciario, comercial, social y médico. Efectivamente, la formación continua no es una plataforma para recuperar la adquisición de los roles técnicos masculinos, sino que se organiza en base al aprendizaje de los roles sociales de género. Mientras que los programas de divulgación masculina se han aplicado a profesionalizar el «oficio de agricultor», los programas de divulgación femenina se han dedicado a profesionalizar el oficio de madre (organización científica del trabajo doméstico, mecanización de las tareas domésticas, nutrición, puericultura, psicología del niño, etc.). Si bien las mujeres de la fracción modernizada del campesinado han formado parte de estas agrupaciones, también han utilizado las ocasiones de encuentro con las otras mujeres para reflexionar sobre su estatus profesional. Los programas de divulgación, al convertirse en fermentos de redefinición de relaciones sociales de género en la agricultura, fueron rápidamente cuestionados por algunas agricultoras. Sus reivindicaciones para ampliar el acceso, extender los campos de formación y modificar los contenidos testifican el reto que supone para estas mujeres la formación técnica. Por lo tanto, las demandas de formación técnica relacionadas con los puestos

²¹ Ver el ejemplo de la transferencia de una práctica de obstetricia –baño del recién nacido– y de una práctica doméstica –secado de pelo– por una ganadera de la región de la Drôme para intentar paliar los problemas que surgen al nacer los corderos (BERLAN, M. & CANIOU, J. (1985), p. 23).

de trabajo reservados a las mujeres (ordeño, pequeñas crianzas, práctica de cuidados veterinarios, etc.) y las relacionadas con las tareas reservadas a los hombres (agronomía y mantenimiento del material, abonos y tratamientos fito-sanitarios, etc) las han apartado a veces de los programas de divulgación femenina para ir a buscar formaciones técnicas en otros organismos (agrupaciones de productores, centros de formación profesional, etc.).

Este paciente trabajo práctico y simbólico de ocupación por parte de las mujeres de los espacios de profesionalización les permite hacer valer sus competencias profesionales. Este reconocimiento profesional no sólo modifica la imagen social de la mujer, sino que también establece relaciones de poder diferentes en la pareja. Colaboradoras cualificadas, verdaderas coexplotadoras, o agricultoras con responsabilidades propias, estas mujeres acceden a una práctica profesional gratificante y modifican su posición en las relaciones jerárquicas de la pareja y en el modo de organización del trabajo.

Pero, si bien su profesionalización contribuye a suprimir progresivamente los obstáculos para el acceso de las mujeres a la formación agrícola técnica —tanto en la enseñanza agrícola, donde la presencia de las chicas en las secciones «masculinas» progresa lentamente, como en el caso de la formación continua, esta profesionalización no puede ser suficiente para suprimir los obstáculos sociales que se interponen en el ejercicio de una profesión autónoma.

El estudio de las relaciones formación-empleo entre las agricultoras revela para cada etapa del proceso de adquisición como actúan los mecanismos sociales de reproducción de las relaciones de género y demuestra la imposibilidad para llevar a cabo un proyecto de profesionalización en igualdad con los hombres. Así, e incluso en la agricultura profesionalizada, las relaciones formación-empleo son mucho más complejas que tal como nos las presenta el esquema clásico. Ello demuestra el interés que tiene el estudio de las trayectorias socio-profesionales de las agricultoras para revisar las relaciones clásicas entre formación y empleo.

BIBLIOGRAFÍA

- BARTHELEMY, D. ; BARTHEZ, A. & LABAT, P. (1984), «Patrimoine foncier et exploitation agricole», *Collections de Statistique Agricole* estudio n. 235, 54 pp.
- BARTHEZ, A. (1984), «Femmes dans l'agriculture et travail familial», *Sociologie du travail*, pp. 255-257.
- BERLAN, M.; CANIOU, J. & CUNHA-NEVES, A. (1983), *L'Orientation et l'échec scolaire des élèves de l'enseignement agricole. Observation de trois régions: Bourgogne, Nord Picardie, Provence Côte d'Azur*, París, Ministère de l'Agriculture, D.G.E.R., 129 pp.

- (1985), «Modes d'acquisition et de production des savoirs des agricultrices». Comunicación presentada en el coloquio *Enseignements agricoles et formation des ruraux*, París, Ministère de l'Agriculture, 23, 24, 25 de enero, 30 pp.
- BOULET, M. (1983), *Bâtir l'enseignement agricole de la réussite des jeunes et du développement rural*. Memoria presentada al Ministerio de Agricultura, París, Ministère de l'Agriculture, 57 pp. + anexos.
- BRUNETON-GVERNATORI, A. (1983), «À la maison et au jardin on connaît ce que femme vaut» (Proverbe gascón), *Pénélope*, otoño, pp. 26-29.
- CANTOU, J. (1980) *L'enseignement agricole féminin de la fin du XIX^e. siècle à nos jours*, T. de tercer ciclo, Univ. R. Descartes (París V), 316 pp.
- (1984), «À propos de l'échec des filles dans l'enseignement agricole: éléments de réflexion sur la minoration des catégories de sexe dans les travaux de sociologie de l'éducation». Comunicación presentada en el coloquio franco-suizo *Approche sociologique des tentatives récentes pour vaincre l'échec scolaire*, París, 9-12 de enero.
- CHAIX, M.L. (1982), «Répartition des tâches et qualités incorporées», *Pénélope*, otoño, pp. 74-76.
- DAUNE-RICHARD, A.M.; FLAMENT, C.; LEMAIRE, M. & MARRY, C. (1987), *Les filles dans les formations industrielles de technicien supérieur liées aux nouvelles technologies. Le cas de BTS et de DUT dans l'académie d'Aix-Marseille*, Aix-en-Provence, LEST, 81 pp.
- JEGOUZO, G. (1984), *La petite paysannerie en France*, Versailles, INRA, 232 pp.
- KERGOAT, D. (1982), *Les Ouvrières*, París, le Sycomore, 141 pp.
- LORTHOIS, J. & RERAT, F. (1986), «Ouvrières, savoirs-faire en sursis», *Pour*, septiembre-octubre, pp. 80-90.
- MOSCONI, N. (1983), «Des rapports entre la division sexuelle du travail et inégalités des chances entre les sexes à l'école», *Revue Française de Pédagogie*, enero, febrero, marzo.
- NICOURT, C. & FILIPPI, G. (1987), «Contribution à la définition d'un métier: agricultrice», *Sociologie du travail*, pp. 477-494.
- PHARO, P. (1983), *Savoirs paysans et ordre social. L'apprentissage du métier d'agriculteur*, París, CEREQ I, 159 pp.; II, 120 pp.
- RATTIN, S. (1983), «Formation des chefs d'exploitation et enseignement agricole», *Cahiers de Statistique Agricole*, noviembre-diciembre, pp. 23-44.
- REBILLET, M. & JACOBI, D. (1983), *La formation continue des femmes du secteur agricole. Le cas des stages 200 heures féminins*. Memoria de estudio, Dijon, INPSA, 158 pp. + anexos.
- REBOUL, C. (1981), «L'apprentissage familial des métiers de l'agriculture», *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*, septiembre, pp. 113-121.
- ROGERS, S.C. «Les femmes et le pouvoir», en *Paysans, femmes et citoyens*, Le Paradou, Actes du Sud, pp. 59-137.
- SALMONA, M. (1981), «Femmes et néo-ruraux: on qu'st-ce qui fait courir la petite agriculture», *Connexions*, pp. 109-117.
- (1982), «Apprentissages précoces et imaginaires dans l'activité technique». Comunicación presentada en el coloquio *Culture technique*, Ivry-sur-Seine, CNRS, noviembre 26 pp.
- (1983), «Les femmes et le travail avec le vivant dans l'agriculture. Diagnostic et travail», *Pénélope*, otoño, pp. 30-38.
- TANGUY, L. (1986), *L'introuvable relation formation-emploi. Un état des recherches en France*, París, La Documentation Française.